

REVISTA
DE
VALPARAISO.

PERIÓDICO QUINCENAL

LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS.

DIRECTORA: — ROSARIO ORREGO DE URIBE.

NÚMERO 1.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

VALPARAISO.
IMPRESA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER.

—
1873.

AAF 3227

GOETHE.

(TRADUCCION DE LA SEÑORITA REJINA URIBE ORREGO).

Goethe acaba de morir. Ha llegado el momento de esclamar:—El rei ha muerto! ¡viva el rei! Un siglo acaba, otro siglo comienza. El arte ha muerto, el arte acaba de nacer. La gloria con que se corona incesantemente el jénero humano no sufre interregno; tan luego como ha puesto su muerte en la tumba, va a buscar y a consagrar en las lenguas al niño del porvenir. Que todos los niños en sus cunas escuchen, pues, el plañido de esa campana que resuena en Alemania, y se vuelvan diciendo a su madre:—¡Madre! ¡madre! qué me quereis? porque es la hora en que el jenio de la poesia va a ceñir con la aureola a aquel de entre ellos que deba recibir y adelantar la herencia del gran anciano.

¿En qué estado deja Goethe el imperio de la poesia y de la imaginacion? Al rededor de él, en su pais, cierra esa época de armonia y de reposo que se encuentra casi jeneralmente al principio de toda literatura. Miéntras que la Alemania permaneció en observacion en la Europa y que se hizo de la revolucion francesa una entretenccion para su fantasía; mientras que nada de lo que pasaba a su alrededor la hizo salir de su serenidad, el arte, aun en estado de abstraccion, satisfacía a todos los espíritus. Asi como el pais no tomaba todavía parte en las cuestiones que se debatian a su vista, sino que por el contrario se dejaba arrastrar ciegamente por la corriente de la historia; por eso es que no pedia a la poesia que se empeñase más que él en esos debates. El arte era una relijion de la cual no se exijía nada, sino el que dominase bastante el ruido de los negocios contemporáneos, para no tener que mezclarse en ellos.

Estudad todas las creaciones de la imaginacion alemana en la primera parte de esta época tumultuosa, y las encontrareis a todas rodeadas de una aureola de paz, como esas vírjenes bizantinas que he visto, con sus coronas de oro, sonreirse al aire libre sobre las murallas de sus iglesias azotadas por una tempestad permanente. Sucedia precisamente lo contrario de lo que habia pasado en el mundo griego. Las instituciones y las pasiones políticas se habian levantado allí para llevar hasta la cresta de las montañas los prodijios de las artes. Aquí, el Estado desaparecia, para dejar al arte

mostrarse solo, moverse solo, sin condiciones y sin límites, en el universo hecho de sus obras.

Léanse todas las composiciones hechas al fin del siglo último, y dígase, si se puede, de qué estatuto político llevan el sello. Yo supongo por un momento que la historia contemporánea hubiese desaparecido de repente de la memoria de los hombres; que de la monarquía de Francia, caída en un solo día, nadie supiese decir ni siquiera a dónde había dejado la empuñadura de su espada; que no se supiese lo que significan esa fecha de 89 y ese sobrenombre de Mirabeau.

Quiero suponer que la Convencion ha sacado sus manos mejor que Macbeth, y que aun ignoro si ha existido alguna vez; que de las desgracias y de los goces que durante ese tiempo han ajitado al jénero humano, ningun hombre haya conservado el recuerdo. Quiero suponer que ignoro completamente lo que es la revolucion francesa, como tambien el estado del mundo mientras ella duró, y que nadie pueda decirme lo que significa ese nombre de Napoleon, ni quién lo llevó, ni si álguien lo ha en efecto llevado.

Héme aquí en una estraña perplejidad y verdaderamente espantado de no conocer nada de lo que me concierne tan de cerca, y de no poder remontarme hasta el orijen de los movimientos de odio y de dolor que se ajitan sin causa aparente, como sombras sin cuerpo, en el fondo de mi pensamiento. Todavía, en medio de esta carencia completa de acontecimientos políticos y de testimonios históricos, me resta algo. Porque, en efecto, los poetas de un gran pueblo han asistido a cada una de las revoluciones que yo ignoro; han, sin duda, conservado en sus urnas las lágrimas de los pueblos que busco, y conservado en su memoria la imájen de aquellos tiempos que, en otra parte, se han borrado para no tornar jamas; quiero volver a encontrar en sus obras esos días de fiesta o de duelo, oír esos gritos súbitos que toda una raza de hombres ha hecho oír, y que de una manera diferente se han apagado para siempre.

Con esta mira, el primer hombre a quien interrogo es a aquel que ha concebido la epopeya del espíritu alemán, y que ha personificado en los dos personajes de Fausto y de Margarita, los dos jenios que están eternamente en lucha, uno con otro, en el seno de su pueblo; la estremada reflexion y la estremada sencillez, todo el patrimonio de las ciencias del jénero humano, y toda la poesia virjinal de una raza nueva, que no se ha mezclado aun ni en los rumores, ni en los desórdenes de la historia.

La naturaleza estraña de esta obra demuestra claramente que algo singular acaba de pasar en el mundo, y que de repente las sociedades han tentado reformarse conforme a un tipo desconocido hasta entonces. Pero, en cuanto a saber si esto fué un progreso o un decaimiento, un bien o un mal, al poeta le importa poco; él propone su enigma en el desierto y da a cada una de sus obras un reposo y una inmovilidad de otros tantos esfinjes que rodean su pensamiento sin explicarlo ni aclararlo. Hé ahí a Gøethe.

Al lado de él no interrogueis ni a Wieland, ni a Herder. La serenidad de éstos es todavía mas grande y mas irreflexiva; no llevan ni el uno ni el otro grabado en su memoria el sello de ninguno de los dolores de su época; puedo creer, si quiero, que han escrito en medio de un reposo oriental, en esos lugares donde no se oye mas que el zumbido de las ramas de un palmero y el soplar de la brisa bajo la puerta de una ciudad del Delta.

En medio de estos hombres, hai uno, sin embargo, que parece haber sentido el tormento y la fiebre de su época; está poseido de una inagotable inquietud. Su jenio se ha trastornado y exaltado al encuentro de no sé qué abismo. Este hombre es Schiller: al oír sus palabras se siente como si una tempestad ajitara la tierra bajo sus plantas, pero tan solo es él quien sorprende en sí mismo su espanto. Sus contemporáneos se lo reprochan amargamente; tranquilos y serenos se atreven a decírselo, a su modo, bajo todas las formas:—“¿Y yo estoi acaso sobre un lecho de rosas?” La crítica de los hermanos Schlegel, heredera de la de Herder, impasible, aduladora, ceremoniosa, con mas estension que profundidad, servia a la pompa del arte sin instruirlo, sin embargo de lo que pasaba fuera. Se parecia, en medio de las composiciones de esa época, a esos consejeros íntimos que escoltan magníficamente al poder en Alemania, pero a condicion de no aconsejarles nunca sino lo que le plazca a su soberana voluntad.

Al mismo tiempo (era esto bajo la Convencion) se despertaba una especie de bufon, que se habia adormecido aparentemente, desde hacia muchos siglos, con su emperador, en el castillo encantado de Barbaroja. Nadie, en efecto, se ha mostrado nunca mas estraño a lo que constituye el mundo moderno. Todo era allí pájaros maravillosos, carros de hadas, copas encantadas, pájaros que hablaban poesía mas diáfana y mas indolente que la ninfa de purpúreas alas, sobre un lago de la Selva Negra. ¿Conoceis al Ariel de los poetas, que pesca diamantes en el arroyo, que recoje granitos de oro de en-

tre la arena y se apropia las herraduras arrancadas de las patas de los caballos de la aurora? Con su martillo de enano él pule el puro cristal, donde debe brillar el mundo entero; es Tieck, el silfo travieso, que se burla de sí mismo y de todos los demas, el verdadero bufon del universo, el heredero del zapatero Hans Sachs i de los compañeros de oficio. ¿Esta vez se ha separado bastante el arte de la humanidad contemporánea? Todavía nó; prosigamos. Hai mas allá un término que es preciso salvar: aquí las figuras son todavia mui reales i mui materializadas. Es preciso que no tengan ni cuerpo ni forma; que no procedan ni del presente ni del pasado. Si no pueden desprenderse del universo visible, por lo ménos nadie se preocupará en adelante de imitar a la naturaleza.

El misticismo inventará otra tierra, otro cielo, una mezcla de colores sobrenaturales; sueños del espíritu creador los mundos; como fantasmas, pasarán y vacilarán en el seno de una noche privada eternamente de aurora. De lo alto de ese firmamento desconocido que el espiritualismo ha creado, los ánjeles de Jean Paul Richter estenderán sus blancas alas para acabar de ocultar y ahogar bajo la inmensidad de ellas los gritos y las angustias del universo real.

Hé aquí, pues, una literatura en la cual no se encuentra hasta un solo eco de la sociedad política. Es cierto que desde la mas remota antigüedad la tendencia del arte, es a desembarazarse de los lazos y las formas del mundo visible. Pero nadie podia alcanzar tan alto grado de abstraccion sino la raza jermánica. Ella ha comenzado a aparecer al mismo tiempo que el Evanjelio, para espiritualizar al mundo. En cada una de sus edades, su mision ha sido la de perpetuar el milagro del pensamiento sin la forma: un paganismo sin víctima, una epopeya sin lo maravilloso, un cristianismo sin altar, un derecho sin código, un arte sin patria.

